



Somos misión

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar 2019

Material para la reflexión



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Material para la reflexión

Discípulos misioneros

Dice el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium* (EG, n. 102). Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe.

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG, n. 120).

Como discípulos misioneros nuestra vida se va construyendo desde el encuentro amoroso con el Dios de Jesucristo, al que conocemos y al que llegamos a través del mismo Jesucristo, en el seguimiento, tras sus huellas, para pasar por la vida, como él pasó, haciendo el bien. Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio (GE, n. 19).

La sagrada dignidad de la persona, corazón de la Buena Noticia

En el corazón y en el núcleo fundamental de la Buena Noticia de Jesucristo está la sagrada dignidad del ser humano, de cada persona y de toda persona como hija de Dios. Esa dignidad tiene su origen, fundamento y raíz en el amor concreto, radical e incondicional de Dios a cada persona y a toda persona, para que cada una de nosotras tengamos vida y vida en plenitud. Es la Gracia, el amor del Dios Amor, lo que nos ha dado la vida y lo que nos sostiene en ella. «Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable», dice el papa Francisco (EG, n. 3). Por amor, nuestra existencia es un don gratuito que Dios pone en nuestras manos para que lo acojamos y lo vivamos, en el amor y la libertad, al modo de Dios-Comunidad de Personas.

Si esto es así, si el principio constitutivo de todo lo humano y de todo ser humano es el Amor de Dios, significa que toda actividad humana, toda relación humana, toda organización social humana, tiene que ser coherente con ese principio y expresión de él. Entonces, y solo entonces, creceremos en humanidad, seremos realmente humanos.

Pero esto no es así en nuestra sociedad. En nuestro modelo social y en la cultura social dominante se ha producido un desplazamiento

de la comunión que nace del amor hacia un individualismo radical. Por eso se ha producido una grave mutilación y disolución de lo humano, raíz de la injusticia y del empobrecimiento, y también obstáculo fundamental para luchar contra ese empobrecimiento e injusticia, porque nos dificulta la acogida y vivencia de ese don gratuito de Dios que es nuestra existencia.

Es lo que el Magisterio de la Iglesia señala cuando dice que la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica (Benedicto XVI), o que se ha extendido la cultura del descarte, que descarta seres humanos porque descarta lo humano (Francisco).

El principio constitutivo de lo humano que es el Amor de Dios y su acogida o su negación práctica, se dan inseparablemente en lo personal y en lo social. Nuestra realización personal (acogida, respuesta y realización del don gratuito de Dios, porque Dios no ha creado seres anónimos, números de una colectividad, sino seres singulares, cada uno único e irrepetible) y la realización o construcción de una sociedad justa y humana (que igualmente es acogida del don gratuito de Dios, porque Dios no ha creado al ser humano como individuo aislado, sino como miembro de una familia humana, como prójimo de sus hermanos), no son dos realidades distintas, sino una sola: construimos nuestra persona en la medida en que construimos fraternidad; y construimos fraternidad en la medida en que descubrimos y decidimos vivir poniéndonos al servicio de que los otros vivan. Dicho de otra manera, la realización personal y la realización social son dos expresiones de lo mismo: nuestra vocación a la comunión en el amor y la libertad.

Por eso dice el papa Francisco que «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad (...). Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: (...) la

vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Esa es en definitiva la misión» (EG, n. 10).

Avivar la conciencia amorosa de la presencia de Dios en nuestra vida

Nuestra tarea consiste en acoger ese Amor liberador para construir nuestra propia vida y la de nuestro entorno desde el proyecto de Dios. Y eso es posible gracias a la acción del Espíritu en nosotros que sana nuestra libertad. Es fundamental que avivemos esta conciencia: «¿Habéis olvidado que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 *Cor* 3, 16). La conciencia de que somos libres para amar, estando como estamos heridos por el pecado, y que es la fuerza del Espíritu (Dios en nosotros) la que nos posibilita madurar nuestra libertad.

Lo esencial es experimentar la sanación que Jesucristo produce en nuestra vida, recuperando nuestra humanidad.

Avivar la conciencia (adormecida en la cultura social dominante) del misterio de la vida divina que nos da la vida y nos sostiene, de la Presencia amorosa que nos constituye. Solo así podemos construir nuestra existencia en el seguimiento de Jesús, buscando sentir, pensar y actuar como Él: «Solo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero» (EG, n. 8).

Nuestra vida, por tanto, es nuestra misión. Nuestra meta la santidad: vivir reflejando a Cristo en nuestra vida, desde la donación de amor que provoca en nosotros la experiencia del amor de Dios.

Somos los amados de Dios; somos por amor y somos para el amor. Como Jesucristo, entregamos nuestra vida por amor para que otros puedan vivir. Por eso los cristianos no tenemos una misión como si se tratase de una tarea más entre otras muchas; somos misión (GE, n. 27); nuestra misión es vivir la vida a la manera de Cristo. Nuestra misión es nuestra vida, vivida para la comunión. Ese es el sentido de nuestra vida.

Por eso hemos de reconocer lo que nos recuerda el papa Francisco cuando nos insiste en que la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás (EG, n. 10).

Esto es un fuerte llamado de atención para todos nosotros. Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy (GE, n. 23).

Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina (GE, n. 24)

Como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino (GE, n. 25). Por eso nuestra misión –nuestra vida– tiene que

expresarse también en la dimensión eclesial, en la dimensión social y política de la fe.

En lo eclesial porque nadie se salva solo y porque es la Iglesia – Pueblo de Dios– la que evangeliza. En lo social y lo político, porque el amor que configura nuestra humanidad genera unas relaciones sociales, interpersonales y, en consecuencia, políticas, nuevas; unas relaciones de fraternidad que no se agotan en el pequeño círculo de mi familia o mi comunidad parroquial, o mi movimiento, sino que queremos que sean la trama sobre la que construir todas nuestras relaciones sociales.

El amor configura nuestra existencia como donación personal para el bien común.

Acoger y proclamar el Reino de Dios y su justicia

Dice san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* que evangelizar es «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad» (EN, n. 19).

El origen y fundamento de esos valores, criterios, líneas de pensamiento, modos de vida..., es Jesucristo. Pero en nuestra sociedad el origen y fundamento de todo es la rentabilidad, el negocio. Todos somos víctimas de ello, pero lo son en particular los empobrecidos, que siempre pierden en esa situación pues son la parte más débil, los descartables.

Nuestra misión es acoger y proclamar el Reino de Dios y su justicia, porque «en la medida que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos» (EG, n. 180).

Por eso el reto que tenemos es mostrar con nuestra vida y nuestra palabra que Jesucristo es el fundamento de la justicia y que no puede haber justicia sin Él. Sin esa vida y sin esa palabra, sin mostrar y proponer a Jesucristo, explícitamente, nuestro quehacer pierde su consistencia. Esto es especialmente importante hoy para superar la dramática ruptura que nuestro modelo social y su cultura del individualismo egoísta ha provocado entre la razón y el amor.

Necesitamos recuperar el valor sagrado de la dignidad humana y la felicidad del amor a los empobrecidos como proyecto de vida y como criterio de organización social. Y para ello necesitamos la razón de la cruz, que une razón y amor, que habla elocuentemente de que la vida entregada por amor es lo que nos da vida. Sin esto no hay proyecto de humanización posible.

